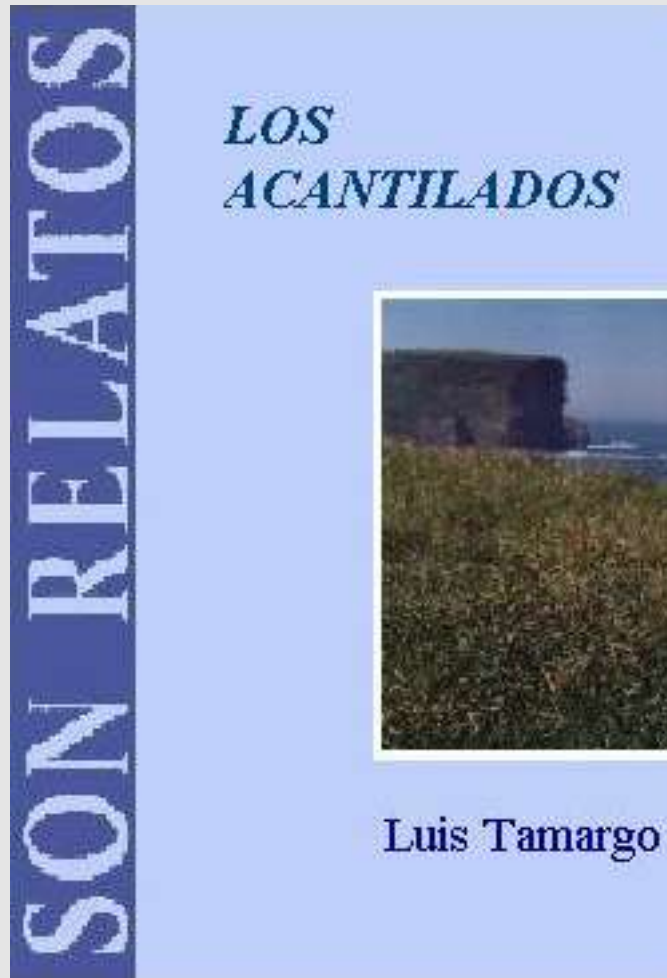


Son RELATOS



Los Acantilados

Luis Tamargo

COLECCIÓN DE RELATOS ORIGINALES

RELATOS *Los Acantilados*

© Luis Tamargo.

*(Depósito Legal: Derechos Reservados)**

tamargoluis@yahoo.es

Índice

Introducción

LOS ACANTILADOS

Los Acantilados

Flor de Isla

Donde nacen las olas

La octava planta

La historia del abuelo

De mar y de tierra

LOS ACANTILADOS

No era un lugar muy frecuentado, de ahí su encanto a pesar de lo accidentado del acceso. Sin embargo la vista panorámica que ofrecía era digna de disfrutar. Desde arriba, ellos no se perdían ni una sola puesta de sol y si empeoraba el tiempo también le encontraban el lado atractivo, fieles a su cita diaria del mediodía el más mayor recordaba épocas pasadas mientras los más pequeños escuchaban con atención. Uno de los ancianos se sumó a la reunión con la avidez de recordar su historia preferida...

-...Pues sí, ese faro que veís ahí abajo abandonado lo construyeron antiguos prisioneros, fue su castigo de guerra. Podéis contemplar las huellas que los cañones dejaron en alguno de los acantilados, sin ir más lejos la Peña del Nido quedó truncada en una de aquellas contiendas. Los hombres esculpieron uno a uno cada peldaño que baja desde la costa, era necesario salvar el desnivel para construir este faro que

tenemos debajo nuestro. Yo mismo pude contemplar entonces cómo alguno de aquellos hombres cayó al mar, a veces incluso se tiraban ellos mismos, locos por escapar de tan negro porvenir. La muerte entre los arrecifes era más deseable que su triste destino de encierro.

-...Debe ser horrible no volver a sentir la brisa ni el batir de olas! - enfatizó uno de los más jóvenes.

El vuelo rasante de una gaviota les sacó del concentrado interés que había adquirido la conversación, era un aviso. En efecto, al poco se dejaron escuchar las voces animadas de un grupo de colegiales que descendían por la escalera del acantilado, algo arriesgado quizás para sus endeble pies, pero sin duda una excursión programada con éxito para descubrir las maravillas de la naturaleza costera. Los cuidadores no escatimaban en precauciones para mantener ordenados a la tropa de jóvenes que, a la vez que bajaban los escalones se distraían en observar y apuntar con el dedo a cada roca, cada gaviota o árbol de curiosa forma o extraña ubicación, que llamaban su atención.

La paz del lugar se tornó de repente en un jolgorio de risas y chillidos. El tono estridente de alguna

de las niñas asustó hasta a las gaviotas, que se elevaron presurosas sin cesar de advertir a sus convecinas. Desde lo alto, contemplaron impasibles el barullo de aquella invasión de turistas...

-Se nota que llegó el buen tiempo... -acertó a replicar el anciano, interrumpido en lo mejor de su historia.- Habrá que empezar a acostumbrarse a esto otra vez!

Abajo, los excursionistas se agolparon junto al faro semiderruido, sin sospechar que eran observados. Los gritos de los niños crecían en desconcierto, hasta que los cuidadores dieron la orden para sentarse en torno al viejo faro y comenzar la merienda. Hasta lograrlo pasó un largo rato de tensión e impaciencia desbordada. Luego, tan atareados andaban en hincarle el diente a sus bocadillos que, por unos breves instantes, pareció regresar la calma a los acantilados, tal vez excesiva para los nuevos visitantes, más acostumbrados al bullicio que al hondo silencio de los lugares inhóspitos. No tardaron, por tanto, en volver a las andadas, primero con canciones en grupo, luego incorporando bailes a los que con dificultad acompañaban de histéricas risotadas forzadas. Una de las

cuidadoras tuvo la feliz idea –bien acogida al principio- de iniciar una ronda de chistes y acertijos con el fin de mantenerles al menos sentados en un sitio fijo y acabar así con las peligrosas cabriolas al borde del acantilado. Pero pronto derivó en una exhibición de lenguaje soez y desagradable. El resto de cuidadores cambió entonces de estrategia a fin de reconducir la energía descontrolada de su alumnado y poner fin a los improperios. Al fin dieron resultado sus pretensiones y el turno de juegos trajo al menos una algarabía más pausada, influida también por la fatiga de algunos de los muchachos que no habían cesado desde su llegada de gritar y brincar. Una de las pequeñas se dirigió al grupo a voz en grito:

-Mirad! Esa roca parece una cara... Sí, mirad, la he visto reírse!

Todos prorrumpieron en sonoras carcajadas burlándose de la desatinada imaginación de la chiquilla...

-...Sí, sí... Y allí otra! ¿No veis que tiene la boca abierta?

La burla se extendió como la pólvora, a cada instante más carente de gracia; al desternillante ambiente de antes le sucedió un insoportable recelo que se escapaba así de las

manos e intenciones de los apesadumbrados cuidadores. La velada había sido más que suficiente y otra vez revueltos, raudos, se dispusieron a iniciar la marcha de vuelta no sin la consabida complicación de aunar en fila a toda aquella desbandada de niños inquietos, si cabe ahora aún más pesados ya que acusaban las secuelas del cansancio y el aburrimiento. El enfado en la despedida llenó el enclave de lloros e insultos, los cuidadores intentaban poner las paces entre los puñetazos y empujones con amenazas de castigo, agobiados por tanta impotencia ...

-Sí, mira aquella roca... Parece la nariz de una bruja... -insistía la pequeña ante la indiferencia del resto.

El grupo de niños siguió la inclinada ascensión de regreso por los escalones del acantilado entre risas y llantos y, a lo lejos, se fue perdiendo el rumor de voces hasta terminar por desaparecer del todo. El anciano no pudo evitar recriminar a los turistas el mal sabor de tarde que le habían dejado...

-No sé si me acostumbraré a esto alguna vez...

Otro de los jóvenes, que observaba la situación desde arriba,

animó al viejo para que continuara con su historia, pero el mayor les mandó callar:

-Shsss... Parece que vienen!
¡Poneos serios!

Una de las cuidadoras había bajado de nuevo hasta el acantilado. Su mirada se dirigía nerviosa por cada esquina, deambuló un rato alrededor del faro, por los sitios donde antes había acampado la excursión hasta dar con la mochila extraviada. Luego, sin dejar de lanzar esporádicas y desconfiadas miradas sobre las rocas, se apresuró en volver en pos de los niños.

La tarde ahora se vestía de dorados reflejos que el sol poniente pintaba en los acantilados. Las sombras del crepúsculo se proyectaban entre las rocas dando la sensación de que se alargaban, parecían moverse...

-Vaya pandilla de desalmados!
¡Prefiero a las gaviotas! -gruñó la gruta abierta, que mostraba restos de papeles y plásticos amontonados en su entrada.

...Los acantilados jóvenes no dejaron de reírse, mientras la noche extendía sobre ellos el mismo manto oscuro que venía empleando desde hacía siglos.

FLOR DE ISLA

Su nombre significaba Flor de Isla y fue un regalo del jefe Ngo de los Thaá. Su sucesor, primer hijo varón de su segunda esposa, llevaba ya varias semanas enfermo, postrado en la cabaña principal. Ya antes había visto ese temblor sudoroso y frío, lo ví llevarse vidas sin importar barreras de tiempo y edad. La costa más próxima distaba a cinco días de navegación y, aún así, había que confiar en que no cambiasen los vientos. Elevando sus brazos al cielo y al tiempo que los abría, solemne, el Gran Jefe me miró prometiendo el regalo más deseado a quien fuera capaz de devolver la salud de su hijo.

No había tiempo que perder. Impulsado por la valentía que contagia disponer de vidas ajenas en manos responsables, izé de nuevo las velas y zarpé, presuroso por aprovechar las fuertes rachas de vientos, los mismos vientos rápidos que me habían traído.

Aquel brazo de tierra se asomaba al océano, refrescando al

continente. En la Misión había conocido la vacuna, aquel medicamento que obraba el milagro. Una vez alcanzada la costa había que adentrarse por senderos pedregosos, sumergidos en la selva, hacia el interior, abriendo camino para entrar al claro donde se alzaba el campamento. Allí, la Misión reposaba su mísera escasez, aunque espaciosa.

De vuelta y con todo, la travesía me había costado nueve largos días de prisa sin pausa, intensos de ajetreo. Por eso, al llegar a la Isla atracqué en la ensenada, junto a la barra de arrecifes y, en veloz carrera, cruzé la playa protegiendo entre sus manos la medicina mágica, como un tesoro sagrado. Al atravesar el umbral, el jefe Ngo se incorporó y desalojó de un gesto a los cuidadores... Preparé la mezcla, asombrado de mi propia calma y, por vía intravenosa, inyecté el fármaco milagroso en el brazo del inerte muchacho, bajo la atenta mirada, seria, de su padre, ahora esperanzado.

Fue al salir de la choza cuando todo el cansancio acumulado se agolpó sobre mis piernas, ahora fatigadas por el peso de la carrera.

De repente, sobre mi espalda, pareció apoyarse toda la carga del esfuerzo sostenido en solitario desafío. Y así, de regreso al barco, me senté en la arena blanda y cálida de la playa, dorada de atardeceres que, solícita, me invitaba a la promesa del descanso merecido. El leve rumor de olas se encargó del resto...

El despertar del silencio fue gradual, poco a poco cada parte se iba sumando al todo. Los árboles de la selva frotaban sus ramas, rozándose las hojas, acariciadas por la brisa. Las aves sobrevolaban la playa en alegre bullicio y el oleaje chapoteaba, travieso, contra los costados del velero. Los obenques tensaban el cielo, en lo alto, tintineando una melodía marinera... Y allí, junto a mí, sentada a mi lado en el lecho de arena, ella me observaba, impasible... Seria, tímida, graciosa e intrigante, contemplando el océano distante en absorta intimidad. Sus ojos oscuros, de plateado brillo, destelleaban sobre la tez aceituna de su piel morena. Sus labios, de suave carnosidad, al pronunciar su nombre... Tituanyé, nombre de mujer, significa Flor de Isla y era el

regalo del Gran Jefe por salvar su cetro predilecto.

Mientras adujaba las drizas, desde cubierta, seguí observando su plácida belleza, quieta, en la orilla de la playa, con expresión imperturbable jugueteaba con los dedos de sus menudos pies en la espuma de las moribundas olas. Y en su mirada, el fondo del mar, inescrutable y atrayente... La eternidad misma en su remanso de paz detenida. Bien pudieran sucederse crepúsculos y auroras, brumas, mareas o racheados vientos, que su inflexible determinación ya estaba anclada en ese lugar por siempre, encrucijada de encuentros ya decididos.

Al caer la tarde me acerqué y, sentado a su lado, me rendí. Ella me derrotó al rendirse antes que yo. Así fue como nos entregamos, aventurados a conocernos, rendidos al misterio de una promesa urdida por invisibles lazos. Cuando pronuncié su nombre, Tituanyé sonrió y me invadió el escalofrío familiar de haber soñado siempre ese instante. Pestañeó justo cuando el cielo se jalonaba de estrellas, cuando la luna bañaba sus reflejos de plata en el mar de la noche. Así nos amamos y acabamos por

entregarnos, fundidos... El mar, la noche estrellada, olas y luna con la canción del viento meciendo nuestros cuerpos, al son de la arena y brisa enamoradas...

Nuestros días en la Isla fueron largos, de eterna plenitud, pletóricos de intensidad. Ella se convirtió en mi sombra con vida propia. Tituanyé era un sueño al que, subyugado, me entregué. Acariciar la piel suave de su talle era real, abrazar sus caderas de voluptuosa inocencia, sus senos turgentes besando mi pecho, sentir el jadeo de su apasionado aliento, respirando al unísono...

Zarpé, pero no era yo. Al doblar el Cabo, dejé que el viento de popa me empujase impetuoso, a su merced, lejos de aquella costa, alejándome del recuerdo, pero no era yo. No podía ser yo... Siempre su nombre en el corazón del alma, su risa de olas desgranando estrellas como lágrimas libres, libres, susurrando al oído del viento... Flor de Isla ! Volveré, Tituanyé !...

DONDE NACEN

LAS OLAS

La calma invadía la tierra. Sus habitantes, apacibles, sembraban, recolectaban y celebraban con alegría sus fiestas... Un día llegó Elqueotea, corriendo, como siempre, pero algo más excitado. No era para menos, bajaba de la gran montaña que preside el poblado, la que llamamos Lamásalta. Aseguraba que desde allí había contemplado cómo se volvía azul la tierra. La siguiente incursión de exploradores trajo cuatro noches de luna, para debatir el misterio... Habían descubierto el mar ! Aunque en nada variaban sus vidas, tampoco ya eran las mismas. El ancho portalón frente al horizonte del océano quedaba, tentador, entreabierto. Esos eran los primeros tiempos, cuando comenzaban las incursiones hacia el mar. Así fue como la Isla de la Calma se convirtió en un puerto socorrido por navegantes y aventureros... Para algunos

olvidado, para otros añorado, de vez en cuando, mas no siempre...

Después siguieron otras expediciones, las del mar lejano. Ello trajo la disgregación entre las familias, unos regresaron, sin embargo otros no. Aún es recordada la historia de los dos hermanos entre las gentes de la isla. Elqueotea volvía, aunque esporádicamente, de sus viajes mar adentro. Logró hacer fortuna y pudo elegir entre sus muchas propiedades del mejor lugar para vivir. Sin embargo, prefirió su Isla de la Calma.

Su hermano menor, Alfinhuí, ávido de aventuras, nunca volvió a pisar su isla, pero llegaban noticias suyas escritas en algún que otro navío de los que atracaban en puerto. Aunque separados, el lazo de sangre entre los hermanos se mantuvo siempre vivo. Dicen que al final, cuando Elqueotea iba a morir, llegó un emisario de Alfinhuí con una misiva en la que prometía, por fin, su regreso a la isla, con la alegría de reunirse con su hermano y en la que refería los detalles de la fiesta colorida para tal celebración. Poco antes de que Elqueotea cerrase sus ojos por última vez, un inmenso arcoiris

unió el mar a la tierra, como nunca nadie lo vió brillar !

...Pero ese fue el final. Mientras, se sucedieron más y nuevas exploraciones...

LA OCTAVA PLANTA

Sin dejar de apuntarme a la cara con su dedo, la voz de mi amigo se tornó casi confidente, pero firme...

-...Y no preguntes, ¿oyes? Tu misión aquí consiste en bajar y subir con los clientes, nada más... Obedece al mayordomo jefe en todo, no olvides llevarte el uniforme el viernes y volver a traerlo el lunes, ¿oíste?...

-De acuerdo... -musité, mientras mi compañero desaparecía tras la puerta giratoria del hotel sin volverse hacia atrás.

En verdad que debía estarle agradecido pues con su favor me brindaba la oportunidad de sustituirle en su período de vacaciones, como en anteriores ocasiones, y así enriquecer mi maltrecha economía necesitada de una estabilidad más perdurable. En los otros hoteles tuve ocasión de familiarizarme con su puesto de recepción, pero esta vez lo novedoso de la tarea consistía en acompañar a los clientes en sus idas y venidas en el ascensor. En

apariencia, una tarea fácil y cómoda, aunque no exenta de una monótona fatiga como enseguida tuve ocasión de comprobar.

Mi antiguo amigo me había asegurado que desde su cambio al nuevo hotel había mejorado de categoría y, en principio, lo achaqué a las cinco estrellas que destacaban en el rótulo. Una vez dentro, comprendí que aquellos anchos espacios marcaban la diferencia con los hoteles precedentes y, sobre todo, el mero hecho de que el ascensorista hubiera de trabajar uniformado.

Desde la terraza de la décima planta podía contemplarse una panorámica sobre la bahía de la ciudad; las oficinas y dependencias administrativas ocupaban la novena planta. De la tercera, descendieron las hermanas Kossack, un par de gemelas nonagenarias que podían permitirse el lujo de residir permanentemente en el hotel. El restaurante se encontraba en la primera planta, y en la segunda los salones para convenciones o reuniones. En el cuarto piso estaba la sala destinada a los enseres de la limpieza y allí también se había habilitado un hueco para el vestuario del personal. Se podía

intuir que uno había llegado a la planta quinta por el pestilente aroma que dejaba en el ambiente el hilo de humo de los puros del señor Bruhnin, siempre trajeado y de elegantes maneras. Y de la sexta, sobre todo, temía el escandaloso tropel de muchachos excursionistas que en desordenada algarabía vociferaban y competían con sus alaridos y risas estridentes. El trajín en el hotel resultaba incesante y se renovaba a diario con nuevos clientes. Me fijé en especial en la bella chica que recogía en la séptima planta y que destacaba por su porte distinguido, un ceñido vestido la entubaba de lentejuelas hasta los pies, pero dejaba al descubierto unos hombros contorneados, casi perfectos... Seguí con los ojos cerrados el sugerente rastro que desprendía su perfume, pero desperté brusco a la realidad, fustigado por lo insólito de un detalle recién descubierto. Acababa de percatarme de que nadie bajaba ni subía de la octava planta... Sí, en los pocos días que llevaba allí no conocía a nadie que se alojara en ella. A la hora del almuerzo, libre de pasajeros, decidí investigar el misterioso hecho. Mi zozobra se tiñó de inquietud, el

ascensor pasaba de largo de la séptima a la novena o viceversa, sin obedecer el mando. Lo comenté a las chicas de la limpieza y entre los botones que, con esquivada extrañeza, no atinaron a darme explicación alguna.

Aquel viernes el mayordomo jefe me acompañó durante toda la tarde en el trayecto del ascensor. Casi al acabar la jornada me aseguró que no hacía falta mi presencia en el hotel durante la semana siguiente y que, debido a mi carácter amenazante, podía darme por despedido. Iba a rechistar, pero recordé las palabras de mi amigo y, por respeto, callé. Recuerdo igualmente su teatral transfiguración cuando quise contarle lo sucedido a su regreso.

-Estás loco si crees que con amenazas o insultos vas a provocarme. Ya me lo contó el mayordomo jefe. Me equivoqué, no quiero nada contigo...

Después de tanto tiempo un nudo de perplejidad aún acompaña mi desolada decepción. Resultan curiosos los avatares que esconde el destino. Por fin encontré mi camino, hoy trabajo y viajo por las comarcas de la zona norte. Eso sí,

nunca me alojo en un hotel de más
de cuatro plantas...

LA HISTORIA DEL ABUELO

Llovía. Las gotas, agarradas al cristal de la ventana, se resistían, pero el temporal las empujaba en un competir sinuoso. El fulgor del relámpago asustó la noche. Y un tronar largo se arrastró por el techo de la casa. Por un momento el mundo pareció más grande de lo que habitualmente se piensa. Hasta otros seres, otras caras, podrían ser posibles. Por eso me tranquilizó la voz familiar que pronunció mi nombre. El abuelo modulaba la voz siempre que se acercaba para convertirme en cómplice de su historia. Y comenzó así:

Al nacer tu padre yo me encontraba lejos. Vine del oeste, pero debido a mi profesión de cartero fui destinado a petición propia en varias provincias. Así paré en el norte, donde nació tu padre, donde tú naciste, donde mañana seguro que nacerá tu hijo.

De todos los oficios, el de ser padre es el más arduo, porque el fruto de ese trabajo, como en este caso, no fue degustado. Tu padre te educó, se sacrificó por cuidarte y

proporcionarte los medios para tu desarrollo. Y de todo ello, lo más grandioso es que estuvo y sigue estando a tu lado.

Yo no conocí a tu padre. Tu abuela sufrió lo indecible para sacar adelante a aquel niño diferente. Diferente porque tu abuela era viuda y era una mujer en la copa de la vida. No se puede echar cerrojo a la juventud y, de hecho, llevar el pan a cinco hijos más, sin la mano recia de un hombre, no debe ser trago alegre precisamente. Y aparecí yo de por medio. aquellas ganas de madre me vencieron y, a cambio, me aproveché de aquellas ganas de mujer.

Te lo confieso: tu padre es el fruto de aquel árbol olvidado.

Yo desaparecí. Aquel niño no tuvo padre. Si ahora yo viviese tendría ciento ocho años. Me volví al oeste, de donde partí, no sin antes haber recorrido alguna que otra provincia más a caballo de mi trabajo de cartería. Siempre repartiendo cartas... y ni una sola carta, sin embargo, llegó a la casa de aquel niño, tu padre.

Otro trueno se perdió de la mano de estas últimas palabras, que resonaron en mí con un eco sordo, como si hubieran estado allí suspendidas desde siempre,

esperando un rostro que nunca existió. El abuelo no estaba allí, nunca lo estuvo...

...Me atrevo a comprender, abuelo, lo que nunca fue. Me atrevo a entender los motivos de tu huida, de tus miedos para hacer frente a una responsabilidad no meditada desde un principio, del qué dirán, de la familia que dejaste, quizás, abandonada también en tu tierra... Eterno huir. Siempre pasajero, siempre la misma carta repetida. Semilla de infinita desilusión en una infancia plena, como la tuya, igual que la mía, como la que desearías para un niño nuevo. No te pregunto por qué. No me duele: tan sólo por la parte que a mi padre concierne me atrevo a prometer que nunca dejaré de estar al lado de mi hijo, al lado de mi padre... Cuando cese la lluvia me acercaré al pueblo, a visitar el prado aquel donde se yerguen, altivos y dignos, los árboles... Vigilaré sus ramas y sus frutos, para que no se tuerzan desde pequeños. Que solo el viento de otoño se lleve las hojas de su tributo y así se cumpla lo que tenga que ser. Y esperaré la nueva primavera junto a ellos, al lado de cada árbol... No saldrá de ellos la pasta donde se escriba una historia igual !

DE MAR Y DE TIERRA

El ruiseñor, pájaro viajero, paró en la rama del avellano. Una nube redonda de algodón se tiñó de gris. Y el viento, hasta ahora ausente, silbó en la tarde azul. Bandadas apresuradas revolotearon el cielo sin chocar. Y en la aldea, los perros ladraron roncós.

Solo el caminante mudó su paso por un momento y, también, el semblante: la noche se acerca. En el huerto de las encinas buscó abrigo. El búho se desperezó y un ulular largo y triste hizo parpadear a las estrellas atrevidas. Noche de agosto norteña: el calor y la humedad hacen las paces. Y hasta el tedio protesta por respirar. De una rama hermana cuelgan sus botas. Y, sentado sobre su tronco, el caminante acompaña el silencio con una canción: amores de otras tierras, sueños tendidos sobre el horizonte del tiempo.

El océano, como el estribillo, no se acaba nunca. Y el marinero de caminos no encuentra fin ni consuelo para su retorno. ¿Acaso esta noche ha de volver? Sabor único de lo irrepetible. Si el mañana no cabe a bordo tal vez el oleaje estrellado nos

oriente el norte. Quizás es un eterno imposible para la raíz anclada.

El petrel, navegante del aire, se posó mástil arriba. Un nubarrón sucio no pudo evitar dejar traslucir el sol. Y la brisa suave se tornó caricia cálida. Manadas de peces multicolores cruzaron el espejo del mar, sin tocarse. Ya no se oían los motores graves de la costa. Tan solo el navegante anunció la mañana con su canto: un estribillo echó a andar.

El autor.

tamargoluis@yahoo.es



**"Es una Colección de Cuadernos con Corazón", de Luis Tamargo.-*

F I N

El AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y ha publicado “Escritos Para Vivir”, (1998), su primer libro de poemas; y “Era Un Bosque” (2004), de relatos. Además de su obra poética, agrupada bajo el sobrenombre de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional.

tamargoluis@yahoo.es



** “Es Una Colección de Cuadernos con Corazón”, © Luis Tamargo.-*
